

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer,
para rescatar a los que se hallaban
bajo la ley»*

(Gal 4, 4-5)

*En la familia de Nazaret no faltó el amor,
ni los disgustos*

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (Lc 2, 39)

3

Tercera Semana de Cuaresma

... no faltó el amor, ni los disgustos

Comenzamos orando

Dejemos que nos empape la ternura de esta oración, que evoca el amor confiado y tantas veces experimentado en nuestras propias familias, del que la familia de Nazaret fue extraordinario modelo.

Como el niño que no sabe dormirse
sin cogerse a la mano de su madre,
así mi corazón viene a ponerse
sobre tus manos al caer la tarde.

Como el niño que sabe que alguien vela
su sueño de inocencia y esperanza,
así descansará mi alma segura,
sabiendo que eres tú quien nos aguarda.

Tú endulzarás mi última amargura,
tú aliviarás el último cansancio,
tú cuidarás los sueños de la noche,
tú borrarás las huellas de mi llanto.

Tú nos darás mañana nuevamente
la antorcha de la luz y la alegría,
y, por las horas que te traigo muertas,
tú me darás una mañana viva. Amén.

(Liturgia de las Horas)

¿Por qué nos has hecho esto?

Cuando una persona adulta reza con las palabras precedentes y encuentra gusto y estímulo en ellas, es indicio de que ha supera-

... no faltó el amor, ni los disgustos

do la actitud autosuficiente de los adolescentes, que tienden a afirmar su personalidad dejando claro que no necesitan de nadie, sobre todo de sus padres..., aunque en la soledad de sus vidas sientan un hambre insaciable de cariño y comprensión. La adolescencia es una etapa de la vida, dolorosa pero insustituible, en la que los padres han de derrochar paciencia y firmeza al mismo tiempo, cariño y autoridad; una mezcla siempre difícil, pero imprescindible para el correcto desarrollo de la personalidad humana.

Jesús, semejante en todo a nosotros, también fue adolescente. El evangelio de San Lucas nos ha transmitido una escena que deja entrever ese difícil equilibrio educativo que también se vivió en la familia de Nazaret. Fue a propósito de la peregrinación anual a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Jesús ya había cumplido los doce años y les dio un disgusto de muerte. Dice el evangelista que «el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres». Como acudían a la fiesta de la Pascua en caravanas que venían desde todos los rincones de Palestina, dentro de la caravana se formaban pequeños grupos. Nadie podía perderse, ni ser asaltado por los bandidos; la caravana servía de guía y de autodefensa. Y era normal que los miembros de una misma familia no se reunieran hasta el final de la jornada, cuando la caravana se detenía para pasar la noche y los diversos grupos se disolvían para reintegrarse cada cual a su propia familia.

Así fue como después de una jornada en el camino de regreso hacia Nazaret, José y María comprobaron, después de buscarle «entre los parientes y conocidos», que Jesús no venía en la caravana. Podemos imaginar el susto y el disgusto. Desandaron el camino hacia Jerusalén, seguramente a toda prisa, y empezaron a buscar en los lugares donde se habían hospedado durante los días de la Pascua. Tres días les costó dar con él. Lo encontraron donde

menos se podían imaginar: en los pórticos del atrio exterior del Templo, que eran utilizados por los maestros de la Ley para dar sus lecciones, «escuchándolos y haciéndoles preguntas». Se quedaron estupefactos. ¿Cómo era posible que un muchacho de su edad tuviera ya tanto interés por conocer los entresijos de la Ley? Pero, además, sus preguntas y respuestas revelaban un conocimiento poco común.

Podemos imaginar la escena, mezcla de satisfacción por haber dado con él y de enfado por la conducta del hijo. María, como hubiera hecho cualquier madre, explotó en un desahogo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». Aquel hijo acababa de darles el primer disgusto serio y, aunque en el Templo no estaba haciendo nada malo, más bien todo lo contrario, se alzó el amor angustiado de la madre, consciente de que debía poner los puntos sobre las íes de aquel hijo que acababa de tener su primer gesto de rebeldía o, por lo menos, de independenciamiento.

Debo estar en las cosas de mi Padre

La respuesta de Jesús revela más madurez de la que corresponde a sus años. El evangelista advierte que sus padres «no comprendieron la respuesta que les dio». Y es que la respuesta tenía tela. Les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» Son las primeras palabras que los evangelios ponen en boca de Jesús cuando todavía es un adolescente. Estas palabras revelan la conciencia que en él se está fraguando sobre su identidad y misión. Tiene un gesto que no es el del típico adolescente que quiere independizarse del control pater-

no. Sus palabras preludian el rumbo que va a tomar su vida: una obediencia total a la voluntad de Dios, al que llama su Padre.

No pudo ser fácil para Jesús esta etapa de su vida, en la que el desarrollo de su naturaleza humana le inclinaba, como en todo adolescente, a independizarse de sus padres y, sin embargo, su personalidad de Hijo le abocaba a una obediencia desconocida hacia el querer de Dios. Tampoco fueron años fáciles para María y José. ¿Cómo podían tener sujeto a ellos a un hijo en el que de vez en cuando destellaba la presencia de Dios? No es de extrañar que no comprendieran la respuesta que Jesús les dio en aquella ocasión, como ha dejado consignado el evangelista.

María y José se vieron muchas veces obligados a rumiar las palabras que oían y los hechos que ocurrían —las conservaban cuidadosamente en el corazón, dice el evangelista— tratando de descifrar el enigma de aquel hijo. A cada paso que dan para comprender a su hijo, surge un nuevo enigma: el nacimiento en un establo, su infancia, su vida con los parientes y con el pueblo, sus fracasos, su muerte en cruz..., son enigmas difíciles de digerir. Pero le aman más allá de lo que le entienden.

La familia de Nazaret es una referencia muy valiosa para nuestras familias en el duro camino de acompañar el crecimiento de los hijos mientras son adolescentes. No es posible dar recetas; sólo recordar que el camino ha de estar jalonado de mucha paciencia, tanta como comprensión; de firmeza, al igual que de exigencia; amasado todo ello con la levadura del amor y del sufrimiento.

Pidamos con esta oración al Señor Jesús que nos dé a conocer el misterio de su singular persona y a forjar en la frágil personalidad de los jóvenes las virtudes domésticas que presidieron la vida de la familia de Nazaret.

Ahora que la noche es tan pura
y que no hay nadie más que Tú,
dime quien eres.

Dime quien eres y por qué me visitas,
por qué bajas a mí que estoy tan necesitado
y por qué te separas sin decirme tu nombre.

Dime quién eres, tú que andas sobre la nieve,
tú que, al tocar las estrellas, las haces palidecer de hermosura;
tú que mueves el mundo tan suavemente,
que parece que se me va a derramar el corazón.

Dime quién eres; ilumina quién eres;
dime quién soy también, y por qué la tristeza de ser hombre;
dímelo ahora que alzo hacia ti mi corazón,
tú que andas sobre la nieve.

Dímelo ahora que tiembla todo mi ser en libertad,
ahora que brota mi vida y te llamo como nunca.
Sosténme entre tus manos; sosténme en mi tristeza,
tú que andas sobre la nieve. Amén.

(Leopoldo Panero)

Con la valentía del testimonio y la paciencia del diálogo

Siempre ha sido difícil educar, porque es una obra de artesanía, que nunca puede realizarse en serie. Por eso la familia es un ámbito educativo privilegiado. En ella, cada hijo puede ser amado por sí mismo y acompañado según sus peculiares necesidades. Pero en algunas familias ha hecho crisis la ilusión por educar a causa de las grandes dificultades que encuentran cada día, y transfieren la educación de sus hijos a la escuela o a la parroquia. Sin embargo, éstas pueden hacer poco cuando la familia dimite de su responsabilidad educativa. La educación reclama la valentía del testimonio y la paciencia del diálogo; testimonio y diálogo que el niño y el adolescente desean recibir en primer lugar de sus propios padres.

Una visión ingenuamente optimista ha llevado a no trabajar la formación de una voluntad fuerte en los jóvenes, una voluntad que los capacite para hacer frente al atractivo de lo agradable, cuando no comporta otro valor que el de ser apetecible. Además, han caído los sistemas de normas y límites sobre lo que está bien y está mal, sobre lo que se puede hacer y lo que no se debe hacer. Ahora, los pedagogos vuelven a insistir en la necesidad de fijar normas y límites para dar seguridad a quienes, con una personalidad todavía maleable, se están abriendo a la vida. Esto resulta más necesario por la invasión de la publicidad, que acostumbra a presentar, de forma atractiva pero sin ningún sentido crítico, una multitud de objetos de consumo con el señuelo de que proporcionan un apetecido espacio de libertad y felicidad.

... no faltó el amor, ni los disgustos

La firmeza que se requiere para asumir toda esta responsabilidad educativa ha de estar sazonada con la *valentía del testimonio* (de poco valen las normas, si los hijos ven que sus padres no las respetan) y con la *paciencia del diálogo* (esos difíciles diálogos con los adolescentes, aparentemente inútiles, pero siempre benéficos e insustituibles).

En la familia de Nazaret nunca faltó el testimonio sobre el sentido religioso de la vida y sobre los valores que la humanizan, ni tampoco el diálogo. Aquel «hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» de María es un indicio claro de que las dificultades no se resolvían con un seco y cortante ordeno y mando.

Acudamos a su ejemplo e intercesión para encontrar el pulso educativo que actualmente hemos de mantener en nuestras propias familias.

Padre Celestial,
nos has dado un modelo de vida
en la Sagrada Familia de Nazaret.

Ayúdanos, Padre amado,
a hacer de nuestra familia otro Nazaret,
donde reine el amor, la paz y la alegría.
Que sea profundamente contemplativa,
intensamente eucarística y vibrante con alegría.

Ayúdanos a permanecer unidos por la oración en familia
en los momentos de gozo y de dolor.
Enséñanos a ver a Jesucristo

... no faltó el amor, ni los disgustos

en los miembros de nuestra familia
especialmente en los momentos de angustia.
Haz que el corazón de Jesús Eucaristía
haga nuestros corazones
mansos y humildes como el suyo
y ayúdanos a sobrevellar
las obligaciones familiares de una manera santa.

Haz que nos amemos más y más unos a otros cada día
como Dios nos ama a cada uno de nosotros
y a perdonarnos mutuamente nuestras faltas
como a todos perdonas nuestros pecados.

Ayúdanos, oh Padre amado,
a recibir todo lo que nos das
y a dar todo lo que quieres recibir
con una gran sonrisa. Amén.

(Beata Teresa de Calcuta)



... no faltó el amor, ni los disgustos

Guía para orar durante la Cuaresma
Para la tercera semana de Cuaresma
Del 15 al 21 de marzo

La familia que educa: dificultades y posibilidades.

«Los padres, al haber dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educarlos y, por consiguiente, deben ser reconocidos como sus primeros y principales educadores. Esta tarea de la educación tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Corresponde, pues, a los padres crear en la familia un ambiente animado por el amor y la piedad hacia Dios y hacia los hombres que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. Por ello, la familia es la primera escuela de las virtudes sociales que todas las sociedades necesitan. Sobre todo, en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y el deber del sacramento del matrimonio, es necesario que los hijos aprendan ya desde la infancia a comprender y venerar a Dios según la fe recibida en el bautismo y a amar al prójimo. En ella encuentran la primera experiencia de una sana sociedad humana y de la Iglesia. Finalmente, por medio de la familia se introducen gradualmente en la sociedad civil y en el Pueblo de Dios. Los padres deben darse cuenta de la gran importancia que la familia verdaderamente cristiana tiene para la vida y el progreso del mismo Pueblo de Dios».

(Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la educación cristiana*, 3).

Leer la Palabra de Dios

Seguiremos leyendo los capítulos 9, 10 y 11 del Evangelio según san Juan. En ellos se descubre a Jesús abriendo los ojos de un ciego,

... no faltó el amor, ni los disgustos

resucitando a Lázaro y proclamándose pastor que da la vida por las ovejas. Tres rasgos decisivos de la personalidad de Jesús.

Palabras para orar

Una vez más vienes a traerme la salvación.
Tú quieres que viva una existencia plena,
que no me estacione en las caídas,
que me levante siempre y siga andando.

Aquí me tienes hoy, deseoso de estrenar el día,
como el niño que comienza una página en blanco,
pero que no quiere escribirla solo,
porque quiere que esté el maestro al lado.

Así quiero vivir contigo, Señor,
siendo tú mi maestro, mi compañero,
mi amigo, y el que saca lo mejor de mí,
una especie de padre y de tutor. Gracias, Señor.

Del salmo 50:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

... no faltó el amor, ni los disgustos

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Oración del Papa Clemente XI:

Señor, creo en ti, confirma mi fe;
espero en ti, fortalece mi esperanza;
te amo, Señor, haz que te ame de todo corazón.

